bado de su andar, su glotona manera de comer el caldo. La entraban irritaciones sordas á la vista de objetos dejados por él, un par de zapatos viejos y torcidos, una faja de lana roja pendiente de una percha, una colilla negra y pegajosa, caída en el suelo. Y fortificaba su antipatía el que Chinto, con la desconfianza socarrona propia del labriego, lejos de resolverse á aceptar los ideales políticos de Amparo, daba á entender, á su modo, que le parecía huero y vano todo el bullicio federal. Con risa entre idiota y maliciosa, solía decir á veces á la muchacha:

—Andas metiéndote en cuentos... Aún han de venir á buscarte los civiles, para te llevar á la cárcel...

XIII

TIRIAS Y TROYANAS

También en la Fábrica observaba Amparo que las aldeanas eran las menos federales, las menos calientes. Llenas de escepticismo y de picardía, decían meneando la cabeza que á ellas la república "no las había de sacar de pobres". Alguna tenía sus puntas y ribetes de reaccionaria; y en conjunto, todas profesaban el pesimismo fatalista del labrador, agobiado siempre por la suerte, persuadido de que si las cosas se mudan, será para empeorarse. No se arrancaba de ellas la más leve chispa de fuego patriótico; empeñábanse en no exaltarse sino cuando viesen que iban á menos las contribuciones y á más los frutos de la tierra. Así es que en la Fábrica gozaban de detestable reputación, y eran tachadas de ávidas, tacañas y apegadas al dinero, y acusadas de cebarse en la ganancia abandonando su casa por un ochavo, al par que las de Marineda se jactaban de rumbosas y se preciaban de mejores madres. No obstante, pronunció la revolución tres palabras áureas que conmovieron á todas: "¡no

más quintas!„ Hasta las mismas rurales abrieron ansiosamente el corazón y el alma para beberse la dulce promesa.

¡Si la república fuese, como decían diariamente los periódicos favoritos del taller, la supresión del impuesto de sangre, vamos, merecía bien que una mujer se dejase hacer pedazos por ella! En el taller de cigarrillos, aunque dominaban las mocitas solteras, bastaba hablar de quintas para que se moviese una tempestad de federalismo.

—Miren Vds.—decía Amparo—que eso de que arranquen á una de sus brazos al hijo de sus entrañas y lo lleven á que los cañones lo despedacen por un rey, ¡clama al cielo, señores! Por lo mismo queremos la república republicana, la santa república democrática federativa. Con ella Marineda será capital, y Vilamorta también, y hasta Aldeaparda será capital hecha y derecha. Sólo Madrí, que á ese se le acaba la ganga; ya no nos chupará la sustancia; se va á hacer una cosa manífica, que se llama descentraizar; y veremos cómo después se le baja el orgullo á la corte. ¡Si es inicuo y absolutista lo que está pasando! Aquí no nos mandan, voy á poner por caso, sino tabaco de segunda, filipino, y para eso espérelo V. un mes ó dos. Las regalías y las conchas se hacen en Madrí... ¡como si nuestros dedos no fuesen de carne humana! ¿Somos aquí esclavas, ó algunas torponas que no sabemos perficionar la labor? Y luego allí, paguita siempre corriente, consignas á barullo... ¡Ciudadanas, es preciso

sacudir el yugo tiránico con nobleza y energía cuando venga lo que se aguarda! ¿Eh, chicas?

A las dos formas de gobierno que por entonces contendían en España, se las representaba el auditorio de Amparo tal como las veía en las caricaturas de los periódicos satíricos: la Monarquía era una vieja carrancuda, arrugada como una pasa, con nariz de pico de loro, manto de púrpura muy estropeado, cetro teñido en sangre y rodeada de bayonetas, cadenas, mordazas é instrumentos de suplicio; la República, una moza sana y fornida, con túnica blanca, flamante gorro frigio, y al brazo izquierdo el clásico cuerno de la abundancia, del cual se escapaba una cascada de ferrocarriles, vapores, atributos de las artes y las ciencias, todo gratamente revuelto con monedas y flores. Cuando la fogosa oradora soltaba la sin hueso, pronunciando una de sus improvisaciones, terciándose el mantón y echando atrás su pañuelo de seda roja, parecíase á la República misma, la bella República de las grandes láminas cromolitográficas; cualquier dibujante, al verla así, la tomaría por modelo.

Y la muchacha iba ascendiendo á personaje político. En la ciudad comenzaban á conocerla, y hasta oyó una vez, al pasar por la calle Mayor, que murmuraban en un corrillo de hombres: "Esa es la cigarrera guapa que amotina á las otras.„ En su barrio todos la embromaban: el mancebo de la barbería pronunciaba un festivo "¡Viva la República!„ siempre que Amparo cruzaba ante su puerta; y la señora Porreta

murmuraba con voz cascajosa y opaca: "salú y liquidasión sosial." Si alguien cree que fué rápida la metamorfosis de la niña callejera en agitadora y oradora demagógica, tenga en cuenta que más prontamente aún que la Fábrica de tabacos de Marineda, se gaseó la nación hispana. Ni visto ni oído. Contaba la gloriosa menos de un año, y ya nadie sabía á qué santo encomendarse, ni á dónde íbamos á parar, ni dónde dar de cabeza. Abundaban las manifestaciones pacíficas, acabando siempre como el rosario de la aurora. En la frontera, agitación carlista; el Gobierno interna que te internarás, y los internados acá, volviendo á meterse en España media legua más allá, mientras en Madrid se fabricaban activamente, y sin gran reserva, fornituras, arneses y mantillas, que en los ángulos lucían una corona y las iniciales C. VII, y en Vitoria recorrían las calles grupos de jóvenes con boina blanca y garrote en mano, vitoreando á las mismas iniciales. A bien que en Puerto Rico la guarnición aclamaba otras cosas, y en Ecija mil republicanos protestaban contra "la presencia en España del intruso Antonio de Borbón", y en las cercanías de Barcelona los payeses, armados de azadas y bieldos, perseguían á un alcalde y le obligaban á encastillarse en las Casas Consistoriales. A todo esto, el poder, representado por el regente Serrano, al cual se tributaban honores casi regios, estaba realmente en las vigorosas manos de Prim, que olfateando la ruina de la gloriosa, como el marino vislumbra en el remoto horizonte el huracán, sin entretenerse en fruslerías demagógicas sólo pensaba en traer un monarca, llamado á sosegar el país. España estaba próxima á la gran lucha de la tradición contra el liberalismo, del campo contra las ciudades; lid magna que tenía en la Fábrica de Marineda su representación en pequeño.

Todas las mañanas, en efecto, al entrar las operarias en los talleres, al encontrarse en el camino, solían urbanas y rurales invectivarse ásperamente y dirigirse homéricos insultos, ni más ni menos que si fuesen las avanzadillas de los dos partidos enemigos que pronto iban á encender la guerra civil. El pretexto de las riñas era que las de Marineda mostraban asombrarse de que las campesinas, viniendo quizá de tres leguas de distancia, estuviesen ya allí cuando apenas asomaba el día, y hacían rechifla de tal diligencia.

—¡Vaya, que es buen madrugar de Dios, hijas!

—¿Venides á caballo del Sol?

—¡Andar, lamponas! ¡Dejáis la cama por hacer y el chiquillo por mamar! ¡Madrastras!

—¡Ni os peinades tan siquiera!... ¡Andáis arañando en el pelo con los dedos por llegar seis minutos antes, ansiosas de Judas!

—¡Tú dormiste en el camino, avariciosa! Imposible que á tu casa llegases. Tanto madrugar, y tanto madrugar, y luego no hacedes ni medio cigarro en tó el día, que mismo no sabedes menear los dedos, que mismo los tenedes que parecen chorizos, que mismo Dios os hizo torponas, que mismo...

Aquí ya la sorna y flema de las interpeladas tocaba á su fin, y respondían coléricas, pero entre dientes:

—¿Y luego? Cada uno se vale como puede, y vusté tendrá otras rentas, y más otros señoríos... y ganarálo de otra manera defirente, y Dios sabe cómo será... que yo no lo sé ganar sido trabajando, *higa*.

—Yo lo gano con tanta honra como usté... y no injuriar á nadie.

—Calle usté, que empezó. Yo no le dijen cosa mala.

—¡Avarientas, rañas, ahorcádevos por un ochavo!

—¡Sin vergüenzas!—replicaban furiosas las campesinas.

—¡Servilonas, calristas!—contestaban las ciudadanas, ya en actitud agresiva.

—¡Malvadas, que echades contra Dios!—rugían las insultadas. Y en medio del tumulto se oía el agudísimo ¡ayyy! de una mujer, á la cual manos furibundas intentaban arrancar de un solo tirón la trenza entera de sus cabellos. Por espacio de diez segundos imperaban la confusión y el desorden, y había empujones, pellizcos convulsivos, arañazos, violentos repelones; pero apenas iban aproximándose á las cercanías de la Fábrica, donde el severo reglamento prohibía los escándalos, cesaba el griterío, comenzaba el torrente femenil á precipitarse dentro del patio, y restablecíase la paz, ya que no la serenidad interior, en la fiel imagen abreviada de la nación española.

XIV

SORBETE

Josefina García estaba aquella noche muy compuesta y emperejilada en el paseo de las Filas, y la acompañaban las de Sobrado. Cuanto se ponía Josefina ajustábase siempre á los últimos decretos de la moda, no sin cierta exageración y nimiedad, que olía á figurín casero. Era la condición del cuerpo de la señorita semejante á la de la gelatina que los escultores usan para vaciar sus estatuas, que recibe toda forma que se le quiera imprimir. Josefina entraba dócil en los moldes impuestos por la moda, sin rebelarse ni protestar jamás. Tenía su físico algo de impersonal, una neutralidad que la permitía variar de peinado y de adorno sin mudar de tipo. Mediana de estatura, su rostro prolongado y sus agradables facciones no ofrecían rasgos característicos. Sus ojos, ni chicos ni grandes, no eran feos, pero sí dominantes y escudriñadores más de lo que á su edad y doncellez convenía; su sonrisa, entre reservada y cándida, demasiado permanente en los labios para que no tuviese visos de fingida y afecta-

da; su talle, modelado por el corsé, sería pobre de formas, si hábiles artificios del traje, como un volante sobre los hombros, ó en la cadera, no reforzasen sus diámetros. Sin aliño y despeinada, Josefina debía de parecer poca cosa; ayudada por el tocado, adquiría cierta postiza morbidez. En realidad era un fruto prematuramente caído del árbol, una doncella núbil antes de tiempo; á los trece, cuando tocaba habaneras, tenía ya las coqueterías, los celos, los caprichos de la mujer, y ahora aquella flor rápida y precoz se había deshojado, y en vez de la lozanía seductora de la juventud, notábase en Josefina la tiesura y empaque de una señora formal y los remilgos de una lugareña. Figurábase que la distinción, el buen tono, consistían en contrahacer los menores movimientos, ajustándolos á una pauta preestablecida; que había un modo elegante y otro cursi de reír, de estornudar, de abanicarse; que hasta existían opiniones distinguidas y bien vistas, y opiniones que ya no se llevaban; y que en todo, lo más selecto y fino eran las medias tintas, la insubstancialidad, lo insípido, inodoro é incoloro. Hablando de cosas superficiales, no la faltaba cierta charla vivaz, semejante al trinar del jilguero; pero apenas se tocaban asuntos serios, creíase obligada, por su papel de niña elegante y casadera, á encogerse de hombros, hacer cuatro dengues y mudar de conversación. Tal cual era Josefina, muchas señoritas la imitaban, porque, según se decía, "sacaba las novedades„: y aunque tachándola de exagerada y

rara, á veces, con el rabillo del ojo, observaban las innovaciones de indumentaria que lucía, para reproducirlas al punto.

Aquel año comenzaba á imperar el traje corto, revolución tan importante para el atavío femenino, como la de Septiembre para España; las avanzadas en ideas se habían apresurado á cercenar sus faldas, mientras las conservadoras no se resolvían á suprimir la cuarta de tela con que barrían las inmundicias del piso. Josefina, que en materia de vestir era radical, llevaba la moda nueva en todo su rigor, con túnica de seda negra adornada de bellotas de pasamanería, cayendo sobre redonda falda de glasé azul. Un velo de rejilla formaba á su rostro la misteriosa aureola de un confesonario, y los *cuernos* de su peinado bajaban con gracia y simetría hacia la nariz. Por la espalda y en la cintura, un lazo negro muy pronunciado servía para abultar lo que entonces quería la *voluble diosa* que abultase. Echaba la señorita los codos atrás con objeto de destacar el busto, actitud que escrupulosamente copiaba la segunda de Sobrado, Clara. Lola, que iba en medio, era la única á poner el cuerpo como Dios se lo dió. La luz de la luna, que se alzaba iluminando el paseo de las Filas y el mar, la hora y la temperatura envidiable de una noche de verano, incitaban á amantes efusiones, ó siquiera á galanteos, y hasta el ruido de la concurrencia se brindaba á ser cómplice de tiernas palabras pronunciadas á media voz; así lo comprendía Baltasar, que acompañaba á las muchachas,

inamovible al lado de Josefina, y haciendo, sin escrúpulo, que sus hermanas llevasen la cesta. A lo lejos, el blando murmullo de las olas, que parecían un lago de plata, decía cosas embriagadoras y poéticas; cantaba un idilio intraducible al humano lenguaje. La conversación del grupo era, no obstante, por todo extremo vulgar.

—Esta desanimado el paseo. ¿Verdad, Sobrado?

—Animadísimo lo encuentro yo. ¿Por qué dice V. eso?...—Y los ojos de Baltasar buscaron los de Josefina, y una mirada se cruzó entre ambos.

—¡Qué cosas tiene V.! Vaya, falta gente: usted no lo notará, pero sí falta.

—Yo—intervino Lola—me aburro con tanto dar y dar vueltas... En cualquier sitio me divertiría más. No hubiera salido hoy, si no fuese por la Octava de San Hilario... Pero ni aun la Octava estuvo á mi gusto; faltó muchísima gente de la que acostumbra alumbrar... ¿Sabéis por qué?

—No—dijo maquinalmente Josefina.

—Sí—declaró Baltasar—porque fueron á esperar al muelle á los delegados de Cantabria.

—¿Los delegados... de qué?—preguntó Josefina jugando con el abanico.

—De Cantabria... Vienen á firmar la unión del Norte...—explicó Lola.—¡A mí me gustaría ver el desembarque! Si hubiese tenido con quién ir...

—Yo fuí... ¡Qué lástima!—dijo Baltasar.

—Chica... ¡vaya una idea!—exclamó Josefina soltando menudas carcajaditas.—Yo huyo de esas confusiones... Me aterra pensar que pueden gentes sin educación apachucarme, pisarme... ¡Qué fastidio! Y al fin poco tendrá que ver... Diga V., Sobrado, ¿se ha divertido V. mucho?

—No por cierto... ¡Diversión! ¿Qué diversión ha de ser? Pero es curioso... ¡Hubo vivas, y mueras, y un silbido vergonzante, y abrazos, y apretones de manos!

—¡Bien por el que silbó!—dijo Lola batiendo palmas.—¡A eso, á eso quería yo ir, á silbar con la llave de la puerta!

—Dice el tío Isidoro—intervino Clara—que si esto sigue así van á tener que cerrarse los comercios y se concluirá la industria.

—¡Y también se cerrarán las iglesias!—recalcó Lola con más calor aún.—¡Malditos revoltosos! ¡A silbar, á silbar debió ir todo el mundo!

—¡Psss! ¡Por Dios!—suplicó Josefina.—Estamos llamando la atención... Luego dirán que nos metemos en política.

—Pues yo me meto... ¿y qué? Ahora todo el mundo se mete—afirmó Lola.

—¡Ay... yo no! Qué ridiculez, ¿eh, Sobrado? Yo no entiendo de eso.

—¿No tiene V. opiniones, polla?

—No... es decir, no me gustan los alborotos; ¡cuando hay trifulca el teatro está tan soso!... Ni queda humor para vestirse y salir.

—Vamos, V. debe de tener sus preferencias... ¿Será V. carlista?

—¡Ay, no! ¡La inquisición me da un miedo!... —dijo riendo.

—¿Republicana?

—¡Qué horror! ¡Cosa más cursi!...

—Moderada, ea. Es V. moderada, de fijo.

—Tal vez, tal vez, algo moderada... La pobre reina me da mucha lástima.

—Bueno, ahora ya sé que es V. moderada y lo voy á divulgar por ahí para que la prendan á V. por conspiradora.

—No, por Dios, que no sueñen que hablamos de estas cosas... Se reirían de mí y dirían que parecemos un club. ¿No sabe V. alguna noticia? ¿Qué me cuenta V. del prestidigitador que trabaja en el teatro?

—¿El húngaro? ¡Bah! Como todas esas funciones... Muy pesado, mucho cubilete y los pistoletazos de cajón...

—¡Pistoletazos! Los odio: me asustan atrozmente. En viendo que preparan la pistola, ya estoy tapándome los oídos; las chicas se ríen y mamá me dice siempre: "Niña, que te miran..." Pero yo no puedo...

—¡Mejor! Si la miran á V., ¿qué más quieren los espectadores?—declaró Baltasar cediendo á la destreza con que Josefina traía el diálogo al terreno personal.

Mientras pasaba este coloquio, las madres, que venían detrás, se sentaron en un banco, sin que su plática, por versar sobre asuntos de muy otra especie, cediese en animación á la de

la gente joven. Un momento, al pasar por delante de ellas, Lola se volvió á preguntarlas no sé qué; al mismo tiempo Josefina tocó levemente en el codo á Baltasar, el cual se inclinó, y por un movimiento simultáneo cayeron los brazos de ambos y sus manos se unieron el espacio de un segundo, depositando la mano varonil en la femenina un papelito blanco, tamaño como una mariposa. Susurraban las acacias, llenaba el aire el misterioso silabeo de las conversaciones de última hora, y el amoroso gemido del mar, besando el parapeto, completaba la sinfonía.

Ni se escapó el detalle del papel al ojo avizor de la viuda ni á la vigilante atención de doña Dolores, quien puso torcido y avinagrado gesto, levantándose al punto y anunciando que era hora de retirarse. Al tiempo que regresaban las dos familias, desde las Filas á la calle Mayor, la señora de Sobrado meditaba una épica pequeñez, una tontería trascendental y feroz que sirviese para dar despachaderas á las de García y quedarse sola con sus hijos. Y como llegasen cerca de las puertas del café de la Aurora, que dejaban pasar la luz amarilla y cruda del gas, ocurriósela, por fin, la liliputiense estratagema, y con felina amabilidad dijo á la viuda:

—Y ahora, ¿qué se hacen Vds.? Nosotros pensábamos entrar á tomar un refresco... ¿Nos acompañarán Vds.? Un sorbetito, cualquier cosa...

—¡Jesús... pues no faltaba más!—contestó la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo 1625 MONTERREY MEXICO

viuda, abochornada como persona á quien ofrecen de mala gana y por fórmula un obsequio que cuesta dinero.—Nosotras tenemos que hacer, y nos retiramos.

—¡Baltasar!—gritó doña Dolores á su hijo, que iba delante con las muchachas.—¡Baltasarito, entra aquí, que vamos á tomar un sorbete!...

—Vengan Vds., señoritas—murmuró el teniente, creyendo que se trataba de convidar á la familia García.

—No, estas señoras no quieren nada—se apresuró á advertir la madre clavando á su hijo á la puerta del café con una mirada elocuentísima.

A pesar del aplomo de buen género que creía Josefinita poseer, se vieron á la claridad del gas sus ojos preñados de lágrimas de orgullo y su tez encendida, como si la abofeteasen. Dijo un seco "adiós„ á Clara y Lola; á Baltasar y á doña Dolores ni palabra. Cogióse del brazo de la viuda y pronto se confundieron en la obscuridad del fin de la calle sus espaldas, erguidas con dignidad propia de espaldas de destronadas reinas. Baltasar se volvió hacia su madre.

—Pero, mamá...—pronunció.

—¡Chsss!—murmuró ella en voz baja, casi al oído del mancebo...—Eres un bolo, que te comprometes en público con ellas, y tienen medio perdido su asunto. Van á quedar en la calle, chiquillo... He confesado á la infeliz de la madre, y no pudo negármelo... Yo ya lo sabía

por el Regente. Va muy mal todo eso... Niñas, sentaos—añadió dirigiéndose á Lola y Clara.—Mozo, cuatro medios de leche y barquillos...

—Yo no tomo...—dijo Baltasar.

—Mozo, tres medios no más... Pues mira. cómo andas, porque esa mocosa con su gesto de todo me fastidia, te va á envolver... La tendrás que mantener, y á las cuñaditas, y á la viuda...

—Pero si no pienso... V. todo lo abulta. Sólo que las cosas hechas así de este modo se comentan y dan que hablar... ¿No se empeñó V. misma en que las acompañase?

—Con permiso de Vds.—dijo el mozo colocando en la mesa tres vasos de leche amerengada coronados de canela, y un cestito de paja lleno de barquillos. Clara y Lola se pusieron á absorber su refresco, comprendiendo que no debían oir el diálogo de su madre y hermano.

—Que las acompañases, sí... porque no me figuraba yo que iba á resultar tal compromiso... Si pierden el pleito, ni sé cómo pagarán las costas... Han de acudir al bolsillo del prójimo; acuérdate de lo que te digo; como si todo el mundo tuviese ahí el dinero á disposición...

—Pues yo—declaró Baltasar—no vuelvo á meterme en otra... Mire V. bien las cosas antes, porque esto de andar así, hoy tomo y mañana dejo, es ridículo y le pone á uno en evidencia. Dirá la gente que cazamos... que cazo un dote... ¡Ya ve V.!

—¡Dios quiera que los cazados no seamos nosotros!—tartamudeó doña Dolores con las mejillas horriblemente sumidas por los esfuerzos de absorción que practicaba, á fin de convertir su barquillo en bomba ascendente de la leche garapiñada.

XV

HIMNO DE RIEGO.—DE GARIBALDI.—MARSELLESA

Era Baltasar un hijo, no de este siglo, sino de su último tercio, lo cual es más característico y peculiar. Calificábanle las señoras de atento; sus compañeros, de muchacho corriente y agradable; su tío, de chico listo y con el cual se podía departir acerca de asuntos de comercio. Su temperatura moral no subía ni bajaba á dos por tres; no se le conocía ardor ni entusiasmo por ninguna cosa; la fiebre de la mocedad no le había causado una hora de franca y declarada calentura. Ni juego, ni bebida, ni mujeres, le sacaban de quicio. En política era naturalmente doctrinario. Su madre le juzgaba mozo de gran porvenir y altos destinos, porque dejándole la paga para gastos menudos y diversos, Baltasar ahorraba y nunca se halló sin un duro en el bolsillo del chaleco. Destinado á la carrera militar, más por vanidad de su familia que por vocación, no era, sin embargo, cobarde, pero sí yerto; prefería los ascensos á la gloria, y á la gloria y á los ascensos reunidos anteponía una buena renta que dis-